

**L**LOVIÓ durante toda la tarde, con ritmo lento. Las gotas caían tristemente. Juan sentado en su habitación, estiradas las piernas, parecía no darse cuenta de aquel cielo gris plomizo. Los cristales del balcón le proporcionaban visiones desenfocadas de la calle; los taxis, los hombres y los niños. Era un mundo irreal. Fantasmagórico. Una humanidad cargada de paraguas familiares, andando dentro de un agua agitada por el dedo. Sí. Esta era la imagen exacta, pensaba Juan. ¡Sí! ¡Sí!, repetía la lluvia con insistente martilleo.

De vez en cuando, un golpe de viento azotaba con fuerza la fina llovizna, imprimiéndole direcciones equivocadas. Y el agua variaba el curso de su caída. La acera de la derecha, se mojaba más que la de la izquierda. En la calle, charcos, escupiendo agua sucia sobre las personas. Quizás el traje era nuevo. Quizás la persona era vieja. ¡Qué más daba!

La campana, dominó con su sonido metálico. Uno, dos... Seis. Las seis de la tarde. Era aquella una hora muy triste. Casi todo invitaba a pensar: el mal tiempo, el confortable calor del brasero, una melodía lejana... Los libros de Juan, yacían abandonados en un agradable desorden sobre la mesa. En vano había intentado estudiar. Las lecciones eran larguísimas. Tan largas como aquella interminable tarde en que todo, casi todo invitaba a pensar.

En la habitación, mesa, sillas, libros, cama y brasero. En la boca del hombre, un cigarrillo. Humo. Juan contemplaba el humo del cigarrillo. Formaba una barrera azul, cerca del techo. Se había estacionado allí. También el pensamiento del hombre se estacionó. El pensamiento había atravesado tiempo y espacio. Topó con Elisabeth, y quedóse quieto. El recuerdo devolvió impresiones. Juan recordaba a Elisabeth.

¿El día?... No, no lo podía precisar. Puede que fuera sábado de un mes cualquiera.

## ELISABETH

Unos amigos de facultad celebraban algo en un restaurante. Después de la merienda, había baile. El llegó tarde. Cuando entró, la fiesta estaba en su segunda parte. A través del recuerdo, distinguió caras conocidas. Enrique, el estudiante eterno, contaba chistes a su pareja mientras bailaba. Carlos, el estudiante tímido, se encargaba de ir poniendo discos, que cada vez eran distintos. Pedro, el matriculado del curso, seguía torpemente el compás de un vals. Ramón, el organizador, bailaba con una rubia muy alta. Más alta que él. Más alta que todos.

Juan se preguntaba ahora, para qué habría asistido a la fiesta aquella. Quizás para distraerse. Puede que por pura fórmula. Otros, más románticos, dirían que fue cosa del destino. Bueno, lo cierto es que aquel día, aquel sábado se encontraba en un restaurante, aburriéndose con fondo de vals.

Ramón, el organizador, el que bailaba con las que no tenían éxito entre los demás, le fue presentando chicas. Cada chica un baile. Cada baile, un cansancio mayor, un aburrimiento más profundo. Le iba entrando mal humor. Pensó una frase que le permitiera desaparecer de allí rápidamente. «Bueno muchachos, me voy que los libros reclaman mi presencia.» Esto fue lo que dijo. Mentira más, mentira menos.

Descendía los tramos de la escalera, que separaban el restaurante de la calle — el hombre junto a los húmedos cristales, cierra los ojos para concentrarse más en el recuerdo. — La joven que subía era de estatura regular. Bien proporcionada. Una frente ancha, sobre unos ojos muy azules y llenos de melancolía. Pronto sus dos cuerpos, iban a pasar en distintas direcciones por el mismo peldaño. Juan, no podía des-

preciar aquella situación de novela rosa. Dijo:

- ¿Vas a la fiesta de Ramón?
- Sí... ¿Por qué?
- Es aburrida ¿Sabes?
- Gracias por el consejo.
- ¿Cómo te llamas?
- Elisabeth.
- Yo Juan. ¿Te acompaño a tu casa?
- Bueno.

Anduvieron un buen trecho, sin que ninguno de los dos continuara el diálogo. Sobre sus cabezas, el firmamento. Estrellas, que les iban siguiendo en su camino.

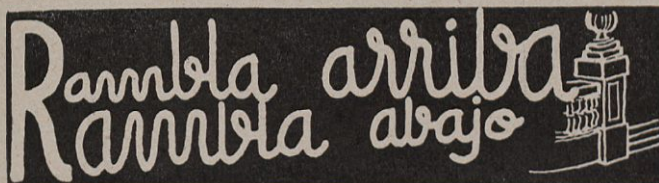
—¿Sabes Elisabeth? tendrían que existir estrellas de cada color. Así el cielo, quedaría más bonito por las noches.

Continuaron hablando. Media hora quizás. Diálogo absurdo. Y fue al cruzar una calle silenciosa. Una calle sin final. Llorqueaba el cuarto menguante. El tren, arrancaba al espacio aullidos de lobo. Un hombre y una mujer, aminaron el paso. Quedaron parados frente a un portalón. El viento húmedo, transportaba mensaje de amor a sus rostros. Elisabeth... Bien proporcionada, rubia y triste de expresión. Juan... alto, desgarrado y feo. Recibieron el mensaje y se quisieron. Y se recordaron.

Unidos por el azar. Separados por la expresión de una idea. ¿Otro amor? ¡No! El único realmente — pensó el hombre alto, que cerraba los ojos junto al brasero —.

Aumenta el tamaño de las gotas. Ya su ruido sobre la cabeza, enloquece con frenético ritmo de caballos desbocados. Juan, contempló desde su balcón, el continuo vaivén de la gran ciudad. Cada persona de las que sorteaban los charcos saltando alegremente, llevaría quizá en su alma, muy escondida y recóndita, una vulgar historia de color rosa pálido como la suya.

NARCISO PIJOAN



## VAGONES DE INVIERNO

**L**a RENFE, hace muy pocos días, ha tenido una insuperable pensada ahorrativa que condena las velocidades y puntualidades, los trajes y ropa exterior, la tranquilidad personal y la visualidad del paisaje. Cuando estaban para caernos encima las Ferias de Gerona, el ferrocarril sufrió una transformación en toda la línea. Ahora, en invierno, que para viajar es preciso revestirse de una valentía de soldado con permiso y de recadero sin rodeos ni cortapisas, la RENFE ha colocado, desde Port-Bou a Barcelona, un material anticuado, incómodo y antiestético. Los trenes ómnibus que durante el verano sorprendieron a los viajeros, incluso a los turistas extranjeros, por sus inmejorables condiciones, han sido retirados del servicio cuando tan sólo ha apuntado el fresco, la niebla y la tramontana.

Unas señoritas que iban a las Fiestas de Gerona, salieron blancas de su población y llegaron negras a la capital. A una pobre mujer que no se encontraba del todo bien, acabó de marearse del todo con la pésima luz del vagón y con los desaforados y rotundos cantos de unas personas que cumplen órdenes casi sin sueldo y sin gratificaciones extraordinarias. Un señor, al sacar el billete en una estación, pidió una plaza para un departamento de diez personas en el ómnibus y, por derecho adquirido, con asiento blando. Algo confundido el hombre de la taquilla afirmó resueltamente que sólo le era lícito despachar durante la temporada de los fríos, vientos helados y lluvias hirientes y glaciales, billetes para ocupar plaza en vagones colectivos, de noventa asientos (vagones indiscretísimos, de la primera historia del ferrocarril, mal olientes y antihigiénicos), todos de madera durísima y agarrrotada.

Los vagones buenos de los ómnibus, los que todos sabemos y conocemos por experiencia, desgraciadamente momentánea, se reservan para los extranjeros, que, en verdad, a nosotros nos parecen muy simpáticos, pero que nos es antipatiquísima la disposición ahorrativa en los ferrocarriles que cruzan la provincia, que es otro absurdo y una indelicadeza hacia los propios.

## PERALADA

DE LA  
PÁGINA 9

Es de rigor, también, la visita a la iglesia del Convento del Carmen previo paso por el apacible claustro gótico y luego, tras subir unos cuantos peldaños, las vastas dependencias donde se halla instalada la Biblioteca del Palacio de Peralada, que tanta popularidad y prestigio va cobrando gracias a sus publicaciones, exposiciones y certámenes, todo ello impulsado por el entusiasta dinamismo de don Miguel Mateu.

Quedan todavía las estupendas y anchurosas explanadas donde, en la festividad de Nuestra Señora del Carmen, fecha en la cual celebra su onomástica la bella y bondadosa señorita María del Carmen Mateu y Quintana, tras abrirse las puertas de los jardines al pueblo, lanzan las coblas al aire embalsamado de los jardines los acordes de las sardanas que quedan encerrados entre las frondas en ecos susurrantes, mientras los humanos redondeles giran en pausado vaivén.

Los jardines, ¡qué dulces sorpresas guardan para el espíritu! Con sus cuidadas avenidas y los bosques de bambúes y eucaliptos que yerguen hacia el cielo la gloria de sus ramajes, y las jaulas que guardan aves exóticas de variado y encendido plumaje. Es dudoso que los famosos jardines de Aranjuez puedan proporcionar mayor sensación de paz y sosiego.

Luego, como colofón de la visita, se impone bajar a las cavas, donde crían solera los famosos vinos que llevan por el mundo el nombre de «Peralada», y llegarse a donde está instalada la granja agropecuaria donde, con un especialísimo esmero son criados hermosos ejemplares de diversas clases de ganado y pollería, siendo ya numerosos los galardones obtenidos en muchos certámenes.

Y así, de regreso a Figueras, nos alejamos de Peralada satisfechos, aunque quizás, en lo más profundo de nuestro ser, vibra una desazón que va concretándose cada vez más. Y consiste, a fin de cuentas, en que nos sabe mal que el tiempo transcurra con tanta rapidez.

ANUNCIESE  
y SUSCRIBASE en

**Canigó**  
REVISTA LITERARIA · CULTURAL · DEPORTIVA